

Protección con sonrisa

María Molina

Relato

Cuando yo era una niña cronológicamente vivía en un barrio con preeminencia del grupo masculino. Eran aquellos chicos de una malicia insana; no escupían ni trepaban a los árboles, ni decían tacos y, sobre todo, no permanecían indiferentes ante la minoría, las pequeñas féminas. Poseían una refinada malignidad, a veces teñida de tosca crueldad. Recuerdo una triste tarde en la que encontré un triste cachorro de gato rondando las basuras. Estaba sólo, asustado, harapiento y hambriento. Me conmovió, lo escondí en las cocheras, lejos de "aquéllos" y de la posible riña familiar, le dediqué mis más sabios cuidados y logré que se recuperara de su anémico estado. Recobró su condición de "callejeante" y, de vez en cuando, salía a pasear. No tenía mi consentimiento, pero sí el de la puerta estropeada y entreabierta. En una de sus correrías la lluvia de piedras le inundó, venían de no sé donde, de no sé que manos. Mi pobre felino indefenso, sin más paraguas que su fino pellejo, murió arrollado bajo un coche. No estuve allí para decir: "Quien esté libre de pecado que tire la primera lapis-lapis", frase que conocía bien. Sólo lloré cada piedra, ni tan siquiera les dije "unas palabritas". Era una niña frágil, sin carácter ante los "os", era una niña de colegio monjil, con preeminencia del género femenino, donde el único hombre era el cura en la misa de los martes. Nos repetían: "Cuidado con ellos, antónimos de la mujer, sacos de malos pensamientos".

De esta forma yo transparentaba mi desaire, que yo creía universal de toda mujer, el color azul era poderoso, los coches y los bigotes, los muy viles nos apesadumbraban a una vecina y a mí con alguna que otra jugarreta, mas mi vecina tenía ventaja puesto que llevaba pelo a lo garcón, vestía pantalones, iba a un colegio mixto y decía "macho", en resumen, imponía un tanto más.

Un día, como tantos, subí llorando a casa, las dos coletas se habían alargado con los tirones, la chaqueta la recuperé después de corretear tras uno u otro, cuando el viento se cansó de llevarla de unas manos a otras, había perdido cuatro canicas, en los bolsillos de "os" y no sabía escupirles ni decir "macho". Me sentía infantilmente fatal. Corrí a contárselo a mi abuela, que de vez en cuando bajaba del pueblo a comer. Tenía mi abuela una boca enorme, no sé para qué, pues tan sólo dos incisivos y un colmillo la adornaban, también tenía molares, incluso sabía enseñármelos cuando sonreía. Su sonrisa era franca, campechana y divertida, me complacía mirarla, parecía decir "son cosas de niños", esa despreocupación me despreocupaba.

Cuando eres niño sabes soñar sólo con lo que te falta. En la cama, acurrucada como un feto, con las rodillas pegadas a la nariz, con el compás del despertador y los suspiros de mi hermana, mientras miraba la obscuridad de la pared, soñaba con un par de majestuosos leones, tenían un pelaje suave y un rugido rugoso, eran un lametazo para mi amiga y un bramido seco para mis no amigos. Los paseaba por mi calle y los "os" se recogían enseguida en sus casas donde sólo podían jugar al parchís y ver la televisión.

Acababa por sonreír pícaramente a la obscuridad de la pared. Pero no todos los sueños son platónicos, y el mío, un tanto tergiversado pues se suele soñar en mito, se hizo tangible. Raúl, el "duce" de los "os" se hallaba tumbado en la puerta de mi inmueble, de esta manera no dejaba pasar a quien no quería. Mi abuela ya se marchaba al pueblo y bajé a acompañarla, iba yo delante para abrirle la puerta y, cuál fue mi descontento al ver a aquel tonto engreído. En un principio me mostró su rostro más dictatorial y ruin. Sus ojos decía musicalmente: "Por aquí no pasa nadie", pero cuál fue mi asombro al ver a aquel rostro tornarse cobarde y apocado, blanqueaba, sus ojillos decían tímidamente: "Socorro", salió corriendo sin decir ni "mus". Y aquella niña se quedó estupefacta, giró la cabeza y, ¿qué vio?, sólo una sonrisa, la sonrisa sin

dientes de mi abuela. Corrió hasta su casa para jugar al parchís, ver la televisión en blanco y negro y advertí a sus subordinados de aquel supuesto peligro.

Ya nadie se rió de mis peces, nadie me tiró agua desde la ventana, ni lagartijas, ni arañas (esto era lo de menos, esos bichos no me dan asco, pero daba a entender lo contrario para que no inventaran cosas peores).

Pensé en aquella sonrisa ambigua. Yo era capaz de ver en ella un chiste, para mí era alegre, viva, sin embargo para el "os" fue como el rugido de la Golden Mayer. Así maduró en mí la seguridad.

Ahora, no tan niña cronológicamente, cuando enchufo la televisión en color a las tres de la tarde, advierto que conforme aumenta la perspectiva de los problemas cognoscibles, por desgracia, tengo conciencia ahora de mil inseguridades, que entonces no conocía y que me producen una desazón parecida a aquella que he contado:

- Un pescadero abre por última vez un buzón con olor a sardina, y digo por última vez porque aquella carta-bomba no le dejó hacerlo de nuevo (ETA).
- Una niña desprotegida por dentro, por lo que muchos llaman "síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), se siente aislada por fuera.
- Un hombre, rasgos indúes y angloparlante, quizás tras tener un hijo y plantar un árbol quiso escribir un libro que a Alguien no gustó (alguien aparece con mayúscula para que nadie me condene a muerte) (Salman Rushdie).
- Jueces colombianos que al ejercer honradamente se condenan ellos mismos a muerte (Cartel de Medellín).
- Un médico quiso curar a un asesino, que supongo continúa enfermo (GRAPO)
- Jóvenes con ojos largos que se asientan en una plaza porque no les gusta su mundo, un mundo de tanques verdes asesinos y aplastantes (Primavera de Pekín).

Sólo una pregunta inocente: ¿Es que nadie va a sonreír aquí?